



DOCUMENTOS

del

OCOTE ENCENDIDO

Nº 50

OCTUBRE 2006



SOLIDARIDAD

LUCES Y SOMBRAS DE LA IGLESIA EN AMÉRICA LATINA

Raquel Saravia

Comités Oscar Romero

C/ José Paricio Frontiñan s/n - 50.004 - Zaragoza D.L.Z. 147-89

PRESENTACIÓN

El pasado mes de julio se celebraron en Valladolid las Jornadas de Formación de los Comités Oscar Romero. De lo vivido esos días queremos compartir con vosotros la transcripción de una charla de Raquel Saravia en la que nos ofreció una interesante reflexión sobre la solidaridad. Aprovechamos para presentaros otro trabajo reciente de Raquel titulado “Luces y sombras de la Iglesia en América Latina”.

Raquel Saravia es una religiosa guatemalteca, destacada militante de la solidaridad internacional desde los años 80, especialmente dedicada al acompañamiento de los refugiados de su país en México. Tiene una larga trayectoria como miembro del SICSAL, del que actualmente es co-presidente junto con Monseñor Álvaro Ramazzini, obispo de San Marcos (Guatemala). Ha sido también presidenta de la CLAR (Conferencia Latinoamericana de Religiosos). Recientemente ha colaborado en la coordinación del libro “Memoria de los mártires de Guatemala”.

Solidaridad

Raquel Saravia

Introducción.

"Solidaridad es acercarse a los problemas, angustias y alegrías de los demás, dar ánimo, orientación, esperanza y una palabra de conversión. Es comprometerse en la defensa de los pobres. Es construir un Reino de Dios que sea sólido, íntimo, santo, en el seno de una comunidad", Monseñor Romero.

Mirando al mundo: vemos todo lo contrario, muchas cosas que se parecen a la parábola que nos contó Jesús de la mesa del rico Epulón y el pobre Lázaro. (Luc. 16, 19). Nuestro mundo es dual en un sentido preciso y olvidado: en el sentido dialéctico y conflictivo, es antagónico.

Nuestro mundo es dos cosas: norte y sur: realidades geográficas, históricas y teológicas. Realidades que generan pecado y gracia. Norte: Los países en abundancia, las democracias industriales, Sur: la depredación que comenzó con la venida de los europeos.

Juan Pablo II en Canadá en 1985 proclamaba: "en el día del juicio los pueblos del sur juzgarán a los del norte"... Han pasado los años y todo

parece seguir igual: el sur sigue siendo la víctima crucificada, al que por justicia hay que "bajar de la cruz".

Algunos hablan hoy, más que de mundialización, de "dualización", pues se está gestando una estructura mundial clara y dramáticamente "dual", donde unos pocos se enriquecen a costa de la explotación y el olvido de muchos: aumenta la miseria, el desempleo, la exclusión de las mayorías, mientras crecen las fortunas de los poderosos y se concentran los capitales y el poder en unos cuantos. La brecha entre ricos y pobres, en lugar de disminuir, se acrecienta.

Tenemos un reto: mantener la utopía, la fe de que en la vida de hoy la dignidad sea posible, y que debemos, a pesar de todo, mantener la esperanza.

¿Cómo ir construyendo un mundo que se desviva porque esta mesa sea común, para todos? Hay que revertir la historia, para construir esa esperanza compartida.

¿Qué nos evoca la palabra solidaridad? Estar al lado de alguien, caminar con el otro, luchar con el otro, luchar

juntos. La solidaridad es una práctica recíproca, horizontal, es de persona a persona, de comunidad a comunidad, entre pueblos.

La solidaridad nació en América Latina.

La solidaridad en su valoración actual, en la multiplicidad de gestos creativos, concretos, proféticos, nació en Latinoamérica y más concretamente en Centro América.

La solidaridad se originó en América Latina, con ese nombre concreto, gritado, a veces heroicamente, de pobre para pobre, de perseguido para perseguido, arriesgando e incluso dando la propia vida, porque son muchos los mártires de la solidaridad.

Desde hace muchos años en el tercer mundo y especialmente en América Latina, la voz de los pobres se escuchó cada vez con mayor fuerza y su clamor "subió al cielo" resonando en forma cada vez más clara y distinta llegando a muchas partes de la tierra.

Desde que comienzan a surgir con más fuerza los movimientos liberadores en que los cristianos participaron activamente, se crearon nuevas cuestiones y nuevos interrogantes y se fortaleció la experiencia de solidaridad entre las personas, grupos y pueblos, así como nuevos lazos de apoyo y hermandad.

La solidaridad fue una semilla que apuntó, muchas veces en flor, flor

sin duda entre espinas. Brotó de la sangre, de la guerra, de la lucha, de la angustia de las grandes masas desarraigadas de sus países de origen. De los campos de refugiados, sembrados en la geografía centroamericana y mexicana. De la vida errante en busca del hogar, hacia Canadá, Estados Unidos, México...

Surgió de la sangre, de la fuerza de los mártires como Monseñor Romero, Angelleli, sacerdotes, religiosos, catequistas y tantas otras personas del pueblo perseguido. Surgió de las palabras de los exilados, los sacerdotes, los agentes de pastoral centroamericanos que clamaban apoyo y ayuda para sus pueblos.

Se oyó en México este clamor en el 80 durante el Primer Encuentro Internacional del Secretariado que tuvo lugar en México, con el impulso de varios salvadoreños que habían salido al exilio.

Ese grito se fue haciendo cada día más grande, más cargado de luz y de contenido cristiano. Surcó fronteras y su eco llegó a los otros continentes.



Así decía Monseñor Romero: “El cristiano que no quiera vivir ese compromiso de solidaridad con el pobre, no es digno de llamarse cristiano” (17 feb 80).

La solidaridad con la causa del pobre es una concreción de la obligación cristiana del servicio mutuo, empeñada en recoger la herencia de Jesús y de Israel hacia la creación de condiciones de igualdad y de libertad y justicia entre los hombres y mujeres.

La realidad histórica conflictiva es una lucha entre el bien y el mal, entre la justicia y la injusticia, llevada a cabo por los pobres de nuestros países y los que asumen su causa. Es un lugar teológico de la irrupción de Dios en la historia.

Solidaridad Cristiana.

¿Por qué solidaridad cristiana?, nos podemos preguntar. La diferencia con la solidaridad, en general, es sólo la adecuación a las diversas necesidades nacidas de diversas situaciones y de una diversa conciencia en el modo de abordarlas.

La solidaridad puede entenderse como una "ayuda humanitaria", tal como suele ocurrir en las catástrofes naturales. Esta ayuda es necesaria y una respuesta correcta a una exigencia ética, pero la solidaridad es más profunda que el mero dar, es un proceso continuado, mas que una ayuda puntual.

No se trata, por lo tanto, de un movimiento de ayuda en una sola dirección, sino de un mutuo dar y recibir. Para Jon Sobrino, la solidaridad

cristiana se ha desencadenado cuando unas iglesias ayudan a otra en necesidad porque ésta se ha hecho solidaria a la vez con los pobres y oprimidos de su pueblo. Esas iglesias que ayudan se encuentran con que no sólo dan, sino que reciben de la iglesia a la que ayudan. Y eso que reciben es de un orden distinto y superior, como un nuevo ánimo en la fe, ayuda para descubrir la identidad humana, eclesial, cristiana y teológica.

Pero, en general como cristianos, nuestra fe nos ayuda a ver el sentido último como el carácter sacramental de los proyectos de los pobres que caminan a construir el Reino de Dios. Donde hay un proyecto de vida y una lucha humana por ese proyecto, nuestra fe nos dice que está actuante la fuerza de vida de Jesucristo.



La solidaridad no es sólo una virtud, sino que expresa la misma identidad de Dios. Si Dios es amor, si Dios nos amó primero, si Dios nos ama, "debemos amarnos unos a otros como Él nos amó. (1ª. Juan. 4).

Eso nos remite a la historia bíblica: La tierra en la Biblia es promesa de vida, pero hoy es hostil al ser humano, esa tierra ha perdido su significación como don de Dios.

Los marginados y expoliados de hoy son cada vez más conscientes de que viven en una tierra extraña, hostil a la vida y cercana a su muerte, lejana a sus más legítimos intereses e instrumento de aquellos que los oprimen, ajena a sus esperanzas y propiedad de quienes buscan infundirles miedo.

La tierra en última instancia sólo pertenece a Dios: "Mía es toda la tierra". (Ex. 19, 5). Dios quiere la vida del pobre: así la historia del pueblo hebreo es una constante intervención de Dios para salvar la vida de su pueblo.

Leemos en el éxodo: el pueblo vivía bajo la opresión, Dios baja a liberarlos, "Dios oyó sus clamores", es la solidaridad de Dios con el que sufre.

Años después, en Babilonia el pueblo añora su patria y templo. Fortalecidos por Dios y por los valores acumulados en el destierro, regresan a la reconstrucción social y religiosa. Isaías los acompaña, canta y anima su esperanza: "Yo voy a crear un cielo nuevo y una tierra nueva... y estaré feliz con mi pueblo" (Is. 65).

Estas manifestaciones de la sensibilidad de Dios ante el sufrimiento muestran también su voluntad de apoyarlos. Por eso, la fidelidad de Dios al pobre y a su clamor, la intervención misma de Dios, garantiza el triunfo final de la esperanza: "El no olvidará jamás al pobre, ni la esperanza del humilde fracasará". (Sal 9,19)

Ocurre lo mismo con la resurrección de Jesús: cuando todas las esperanzas estaban frustradas y fracasadas la compañía del resucitado les hace reavivar la esperanza y comprender que el seguimiento del crucificado no había sido en vano. (Luc. 24)

Para la persona que cree, hoy la solidaridad es la expresión dinámica de la vida cristiana, exigencia permanente de nuestra fe, una fuerza que dinamiza a los cristianos. Don Pedro Casaldáliga menciona al biblista Marcelo Barros cuando habla de la solidaridad como el nuevo nombre de la fe. El mismo nos lo explica: "Se trata de ser solidarios y no sólo de hacer solidaridad, de vivir constantemente la solidaridad en la asunción común de las grandes causas de la humanidad; de vivir una solidaridad no sólo de gestos, sino también de actitudes, una virtud amasada de indignación ética, de misericordia, de donación, de renuncia, de sobriedad comulgante y de praxis liberadora..."

La solidaridad cristiana abarca desde la fe en el Dios de Jesucristo hasta el compartir los bienes materiales, es una exigencia del seguimiento de Jesús, es un don que enriquece al destinatario pero también a quien lo

práctica. La solidaridad cristiana es una respuesta indispensable del mutuo servicio en el amor a este horizonte de justicia y libertad

La solidaridad es entonces:

"La proclamación de la dignidad de la persona humana sometida a los atropellos" (Puebla 27)

"Una solicitud a favor de los pobres que llega a poner en común los bienes" (1ª. Gal. 9),

"No es compasión, a no ser que a la palabra compasión le devolvamos el sentido original de padecer con el otro, la otra, sino identificación del compromiso".

La solidaridad es como una verificación práctica del principio del amor, como opción por el Reino de los pobres y por los pobres del Reino, tiene una dimensión política en cuanto desemboca en el compromiso por la justicia.

Por eso requiere análisis lúcidos no sólo de la complejidad del presente, sino de las contradicciones del pasado y de las perspectivas del futuro.

¿La Solidaridad está hoy en crisis?

Desde hace algunos años, la opción por los pobres y, por consiguiente, la solidaridad están siendo cuestionados bajo el impacto de la ideología dominante neo-liberal. ¿No estará esta opción en crisis? ¿No habrá perdido su razón de ser? El mundo ha cambiado, la humanidad ha entrado al tercer milenio, se habla no sólo de una época de cambios sino de un cambio de

época, con todo lo que esto lleva consigo. La duda, el cuestionamiento, la búsqueda de nuevos paradigmas y mediaciones invaden todas las actividades de la vida humana.

En un mundo así, en donde se imponen las reglas del mercado como valor supremo, ¿tiene sentido seguir siendo solidario y seguir afirmando que la opción por los pobres tiene prioridad en la misión de la iglesia y de nuestra vida?

Por otro lado, somos testigos de que cada día aumenta el número de las personas que tienen hambre, que el modelo neo-liberal está lejos de ofrecer soluciones, que la vida y los derechos de los pequeños e indefensos están cada día más amenazada, que los pobres siguen "clamando por una liberación que no llega de ninguna parte" (Puebla 88).

Frente a esta drástica situación, más bien es preciso afirmar que el empeño por la justicia y la paz en un mundo como el nuestro, marcado por tantos conflictos y por insoportables desigualdades sociales y económicas, urgen con más decisión la opción preferencial por los pobres y la presencia de una solidaridad portadora de esperanza.

Mi experiencia solidaria.

Mi experiencia de trabajo con los refugiados guatemaltecos me hizo palpar y vivir la solidaridad de cerca. Los primeros hermanos solidarios fueron las mismas comunidades cristianas de campesinos pobres localizadas al lado de la frontera; los iguales a ellos, no

sólo unidos por lazos de amistad, sino de sangre.

Desde hacía años, los comerciantes guatemaltecos que atravesaban la frontera encontraban hermanos con los que se fueron relacionando y muchas veces formaron familias; se establecieron relaciones de compadrazgo, pero sobre todo había una identificación histórica, de antepasados comunes. Varias líneas fronterizas separan hoy al pueblo maya, pero siguen siendo los mismos, con rasgos físicos semejantes, y sobre todo con sus grandes valores de acogida, amor a la tierra, vida comunitaria, encuentro, solidaridad con los que se encuentran en dificultad o en penas más grandes que las de ellos mismos.

Al llegar los refugiados, no se midió la pobreza, ni que en los meses futuros se quedarían sin árboles, sin agua, sin nada. Simplemente los hermanos mexicanos abrieron sus casas, repartieron sus cosechas y compartieron todo lo que tenían. Es todo un testimonio oír contar a los campesinos mexicanos la llegada de los guatemaltecos. Recuerdan el día en que aparecieron como dos mil personas mojadas, sin cobijas, sin ropa, ni nada, hasta con un muerto... "y dijimos entre todos: es bueno acogerlos, porque todos somos cristianos; además son de la misma clase, pobres, campesinos, nada hace que son otros pueblos, son lo mismo..."

Se crea una identificación de espíritus que se tradujo en actos concretos de amor, de participación, de organización, de comunión, que llega hasta poner en común los bienes, lo que se tiene. Esa solidaridad fue tomar sobre sí las debilidades y sufrimientos del otro, como lo hizo Cristo. (Mt. 8,17). Esa solidaridad partió de su vida, de su pensamiento, de su corazón. Resultó de la identificación cristiana, de la misma fe, que es compromiso de amor a los hermanos, es fuerza que crea la hermandad absoluta.

La solidaridad que se creó entre estos dos pueblos fue también motivo de enriquecimiento, como dice San Pablo en su 2ª Carta a los Corintios: "Busquen la igualdad; al presente ustedes dan de su abundancia lo que a ellos les falta, y algún día ellos tendrán en abundancia para que a ustedes no les falte" (2ª. Cor. 8,14). Así, la solidaridad de los hermanos mexicanos recibió de las riquezas del pueblo guatemalteco, se dio un intercambio de valores y enseñanzas que se hacen realidad en las palabras del que habla en nombre de la comunidad mexicana: "...aprendi-



mos a salvar un pueblo... a convivir con otros... a ayudar... a ayudarnos unos a otros... como se nos abrió los ojos, cuál era la necesidad y también aprendimos a hablar con las diversas autoridades... ya no les tenemos miedo, también aprendimos cómo es vivir dos pueblos juntos en la miseria..."

Por eso la solidaridad es intercambio, los hermanos que apoyan la liberación de nuestros pueblos latinoamericanos han experimentado la gracia y la fuerza que surge de los países pobres. Esto ha provocado un llamado a la conversión, ha evangelizado a otros pues, al tener la oportunidad de compartir, se reciben las riquezas y los dones del otro. Y uno de los regalos más grandes de nuestros pueblos a todo el mundo es su fe, su esperanza y la fuerza de su resistencia ante el enemigo que intenta destruirlos.

Pero los campesinos no estuvieron solos, la Iglesia católica de Chiapas, unida a su pastor, llegó en apoyo de esos pueblos y los ayudó a seguir adelante. Después se convocó a otros pueblos que también respondieron con generosidad al llamado de los pobres.

Quiero resaltar en este año, que cumple 25 años de fundación, el surgimiento del Secretariado Internacional con América Latina "Oscar A. Romero", por el cual se mundializó la solidaridad y se convirtió en un vínculo de unidad que llamó y convocó a todos los agentes de pastoral y cristianos en general en una acción conjunta y abierta.

Uno de los primeros constructores de esa solidaridad fue Don Sergio Méndez Arceo, cuya figura profética se alzó como la de Monseñor Romero en el anuncio de la vida y la denuncia de una sociedad de pecado.

Pero es, sobre todo, en esos años que la figura de Don Sergio surge como la del gran "Patriarca de la Solidaridad", impulsando un apoyo solidario, primero desde su Catedral de Cuernavaca y después desde su "catedral sin muros", donde abarcó todas las necesidades de los pobres, de los países sufrientes de América Latina, especialmente de Centro América, sin olvidar los problemas y luchas de todo el mundo.

Pertenecí al Secretariado Internacional de Solidaridad. Junto con otras tres mujeres, siempre estuvimos al lado de Don Sergio. Con él recorrimos muchos países, parroquias y foros, motivando la solidaridad.

Pero, además, en mi experiencia de motivar la solidaridad en el exterior, me parece que, durante algún tiempo y en algunos casos, la solidaridad se vivió como algo "externo" a la vida de las personas y comunidades o grupos, se entendió como algo humanitario que se puede dar a los otros, una campaña económica, recoger ropa o alimentos para un país, etc. Esta concepción de solidaridad conduce a menudo a un cierto cansancio, a un desaliento, sobre todo cuando los procesos de los países a los que se deciden apoyar se presentan "interminables" y más aún, cuando pareció que los procesos finalizaron. Y no nos dimos cuenta que es

cuando hay que dar más solidaridad, por todas las consecuencias que se vivieron y se viven después de los conflictos.

Al igual, he constatado que en el caso de las comunidades cristianas, la práctica de la solidaridad ha sido muy iluminadora y concientizadora. La solidaridad ha permitido re-dinamizar comunidades a punto de desaparecer, ayudándoles a descubrir no sólo la situación de pobreza y opresión injusta de otros pueblos, sino la suya propia. Más aún, les ha permitido descubrir su propia capacidad organizativa y una manera nueva de entender su fe, como compromiso de fidelidad en la construcción del Reino de Dios, que entienden como lucha contra el pecado, contra todo aquello que expulsa la presencia de Dios-Amor y que, por lo mismo, enajena y oprime al hombre creado a su imagen y semejanza.

Cabe señalar también que muchos cristianos buscaron apoyar eficazmente los procesos centroamericanos. Estos procesos, que en sus inicios aparecieron sin dar la imagen de contradicciones internas, hoy nos hemos dado cuenta que han provocado muchas veces dificultades y rompimientos internos, corrupción, malentendidos, que han llevado a una cierta decepción en los que apoyaron solidariamente, y se han retirado. Las consecuencias del conflicto perduran, se hacen más profundas. Se rompió el tejido social. Hay enemistades, divi-



siones. Y los problemas de hambre, enfermedad, represión política y manipulación cultural se agudizan, como está sucediendo en Centro América. Esto nos lleva a replantear, descubrir o redescubrir el sentido profundo de la solidaridad cristiana.

Debemos preguntarnos entonces: ¿cómo generar un movimiento de solidaridad constante y a muy largo plazo que, al mismo tiempo que sea apoyo eficaz a los procesos de los pobres en otros países, se enraíce en lo más profundo de la fe (en la fe sencilla y popular de las comunidades) para que dinamice y construya la vida cristiana?

Ir buscando una solidaridad que al mismo tiempo que apoye los procesos de otros países, vaya construyendo el propio proceso.

Seguir creando un movimiento de solidaridad a largo plazo que se asuma como alternativa de evangelización, concientización y conversión constante, signo eficaz de que ya se está dando el proyecto que buscamos construir. La fe y constancia de nuestras comunidades es un clamor, es un



grito a que perseveremos sin descanso en la búsqueda de un proyecto de "vida para todos".

Por eso, la solidaridad tiene que crear ahora también nuevas formas de resistencia, que sean expresión de la misma vida de los pueblos agredidos, y que la esperanza y el compromiso superen el desaliento, la decepción y las dificultades que puedan surgir.

Espacios Nuevos de la Solidaridad Cristiana.

En este espacio sólo quiero introducir a que conjuntamente busquemos esos espacios teniendo como criterios los siguientes:

Estamos llamados a crear la cultura de la solidaridad. La propuesta a nuestras sociedades es reconstruirla sobre bases un poco más humanas y de justicia. La falta de solidaridad es una manifestación del desinterés por los derechos humanos, tan reclamados hoy en día.

Necesitamos una espiritualidad consecuente. Características de esa

solidaridad son el realismo, la esperanza, la creatividad, la alegría y la resistencia.

Recuperar la memoria y proyectarla al futuro. Y la perspectiva de las víctimas exige: solidaridad con las generaciones pasadas y futuras,

Buscar los espacios nuevos para la solidaridad como lo es la sociedad civil. Debemos seguir luchando por construir un Estado democrático al servicio del bien común, al servicio de la vida de todos, especialmente de los excluidos y de la naturaleza. Hoy la solidaridad es más resistencia social, nos exige crear espacios de resistencia.

Debemos recuperar los espacios tradicionales para la solidaridad: la familia, la comunidad, el barrio, los centros de trabajo,...

Necesitamos hacer diagnósticos serios de la situación.

¿Qué podemos hacer concretamente?

Raquel Saravia

Julio de 2006

Luces y sombras de la Iglesia en América Latina

Raquel Saravia

Introducción.

La celebración de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano es ocasión propicia para tratar cuestiones concernientes a la historia de la Iglesia en América Latina.

Quisiera empezar recordando las palabras de Monseñor Romero:

“Evidentemente, la Iglesia ha cambiado. Es evidente que, en los últimos años, la Iglesia tiene una nueva visión del mundo y de su relación con ese mundo. Quien no capte o acepte esta nueva perspectiva se incapacita para comprender a la Iglesia. Mantenerse por ignorancia, o por intereses egoís-

tas, anclado en un tradicionalismo sin evolución es perderse hasta la idea de la verdadera tradición cristiana. Porque la tradición que Cristo confió a su Iglesia no es como un museo de recuerdos para conservar; viene sí del pasado y se debe amar y conservar con fidelidad, pero mirando siempre hacia el futuro. Es una tradición que hace a la iglesia novedosa, actual y eficaz en cada época de la historia, es una tradición que alienta su esperanza y su fe para seguir pregonando, para invitar a todos los hombres, hacia “los cielos nuevos y la tierra nueva”, que Dios ha prometido. (Apoc. 21, Is. 65,17.). De La Iglesia, Cuerpo de Cristo en la Historia.”



Animada por esa esperanza, quisiera considerar el caminar de nuestra Iglesia con sus luces y sombras. En el proceso de la Iglesia en los últimos tiempos podemos considerar tres momentos:

La década del cincuenta e inicio de los años sesenta.

La Iglesia percibe la urgencia de situarse de manera adecuada frente a las nuevas situaciones creadas por la sociedad moderna secularizada. En América Latina, la teología va tomando en serio las transformaciones que van ocurriendo en la sociedad y los cuestionamientos de la presencia eclesial en esas transformaciones. Aunque no se puede hablar de un pensamiento teológico original en América Latina, se van dando las condiciones para que ese pensamiento nazca y se consolide.

Crece el nivel de conciencia eclesial y se empieza el cuestionamiento sobre el nivel de inadecuación de las pastorales y del discurso evangelizador en las nuevas condiciones del pueblo de Dios en el Continente. Se crean organismos eclesiales de gran envergadura, como el CELAM y la CLAR,

Se da también en ciertos países un apogeo en la participación de los laicos, sobre todo a través de la acción católica, con una nueva forma de presencia de la iglesia en la sociedad: la ACU y la JOC en Brasil son muy importantes y las diversas denominaciones en

cada país como la ACRO en Guatemala, etc.

La reunión del Concilio Vaticano II es un momento crucial en la historia de la iglesia, abriendo una nueva época que Juan XXIII llamó de "Primavera Eclesial". En él estaban presentes ya Don Helder Cámara, quien se destaca en el Mensaje de Varios obispos sobre una Iglesia Pobre y con los Pobres, Manuel Larraín y Gustavo Gutiérrez es ya perito del Episcopado peruano en el Concilio.

Del Vaticano II a Medellín y Puebla.

Éste es un período histórico de extraordinaria riqueza, pero también de mucha complejidad.

La recepción del Vaticano II en América Latina tuvo el efecto de un terremoto. De repente, todas las estructuras y esquemas de la Iglesia fueron cuestionados. Fue una sorpresa que la colocó de repente entre el desafío de asimilar en pocos meses los resultados de casi 80 años de evolución de las Iglesias de la Europa Occidental.



Por otro lado, la realidad latinoamericana era ignorada por los teólogos del Concilio, por lo que no se pudieron dar respuestas a sus problemas específicos. Hubo pues una aceleración de la historia y una distorsión, al introducir en América Latina problemas que no existían.

Se divulgaron las enseñanzas de la nueva teología conciliar de una manera original y creativa, por lo que el Concilio tuvo en el Continente manifestaciones multiformes que alcanzaron la vida de la iglesia en todas sus dimensiones.

A partir de entonces, en esta media centuria la Iglesia latinoamericana fue redescubriendo su identidad y misión. A medida que se fue abriendo al Espíritu y se dio generosamente a estos pueblos, preferencialmente a los pobres, trató de mantenerse fiel al Evangelio, interpretando la realidad desde la fe y sirviendo a la persona concreta.

Medellín fue la carta magna del movimiento hacia la pobreza, es el punto culminante de la historia post-conciliar. Medellín hizo una lectura creativa del Vaticano II: logró establecer un diálogo desde la realidad del Continente con las orientaciones del Concilio, que con sus grandes ejes teológicos y opciones pastorales nos ofrecerá una nueva concepción de Dios, más cercana y comprometida, una nueva manera de comprender el mundo y la historia, el paso de Dios cuando de situaciones inhumanas se camina hacia situaciones humanas.

Nos propuso una educación liberadora que partió de la concientización iniciada por Freire. Nos presentó una Iglesia pobre, que se realiza en el pueblo, un compromiso por la paz y la justicia, la liberación de la situación de injusticia, de la situación de violencia institucionalizada que niega la paz y que constituye una situación de pecado. Fue toda una culminación de ese dinamismo post-conciliar.

Como resultado de dicha reunión se multiplican las comunidades eclesiales de base, abriendo espacios de una vivencia de la fe, en profunda articulación con la vida y con un fuerte compromiso político.

Sin embargo, las grandes contradicciones del sistema económico vigente dejan ver la incapacidad de solucionar los desequilibrios sociales y de producir los cambios urgentes.

Desde el punto de vista político, la implantación de los regímenes autoritarios, la represión de los derechos humanos, la doctrina de la seguridad nacional como una defensa contra la supuesta infiltración marxista, repercuten en varios países donde cambia el panorama político, instaurando una represión que incide en los cambios que la iglesia venía asumiendo, ofreciéndoles una brutal y despiadada resistencia.

La Iglesia llega a posiciones audaces de denuncia y profecía, (la profecía es denuncia y anuncio de esperanza). Los anhelos de liberación del pueblo encuentran apoyo en la teología de la liberación, que acentúa el análisis de la

realidad, sobre todo el análisis de la fe de las comunidades como punto de partida de la teología. Se da también la liberación de la teología de lastres premodernos, de religiosidades populares de tipo milagrero y comercial, doctrinas que se pueden presentar en cualquier contexto sin atender a las preguntas existenciales que en él brotan, etc.

La teología de la liberación y la liberación de la teología son un poco las denominaciones simbólicas de las dos corrientes de los dos fundadores - Gustavo Gutiérrez y Juan Luis Segundo- y son un incentivo en las pastorales específicas, en la vida religiosa inserta, que desembocan en la persecución, por lo que cientos de cristianos, religiosos y sacerdotes comprometidos sufren el martirio.

En el final de la época de los setenta Puebla confirma y legitima las grandes intuiciones y avances de ese período y oficializa la evangelización liberadora, bajo el signo de la opción preferencial por los pobres, retomando la Encíclica *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI, como Medellín había tomado la *Populorum Progressio*. La reflexión y la producción teológica se nutren de esa vitalidad eclesial y nace y se consolida un pensamiento teológico más autóctono y original.

Puebla aportó una claridad doctrinal al ofrecer los contenidos de la Evangelización centrados en Jesucristo, la Iglesia y el Hombre, la tarea evangelizadora adquirió una clara dimensión cristológica, invitando a hacer la experiencia de salvación en Él y asumirlo como modelo de vida.

Estos años -los 80- son también los años del cuestionamiento de la Teología de la Liberación de parte de la Congregación de la Fe, presidida desde 1981 por el Cardenal Ratzinger, quien firma las dos instrucciones sobre Teología de la Liberación y sobre Libertad y Liberación. Son los años de los cuestionamientos también de Gustavo Gutiérrez, Leonardo Boff, Jon Sobrino, etc., que terminan en diversos resultados personales.

Surgen varias figuras y movimientos sociales indígenas, Rigoberta Menchú, Premio Nobel de la Paz -ella sigue considerándose católica-, los Zapatistas, y los movimientos de Ecuador y Bolivia.

Por el otro lado -la otra cara de la medalla- están las derrotas electorales



